

## MADRID

BOCATA DE CALAMARES / SERGIO C. FANJUL

## Un periodismo de cercanías

Decía Julio Camba que a él le daban el mar y lo convertía en un artículo. Lo mismo con las catedrales góticas, y los buques de guerra, y los campos sonrientes, y la primavera: artículos. Julio Camba vivió mucho tiempo en una habitación del hotel Palace y, si él era una máquina de convertir el mundo en artículos, Madrid también le parecía una ciudad muy articulable, aunque por lo general no muy articulada... Es decir, Madrid, en su naturaleza poliédrica y silvestre, era muy convertible en artículos, y lo sigue siendo.

A eso nos hemos dedicado unos cuantos durante los últimos años en unas columnas que, por motivos editoriales, aho-

ra tocan a su fin. Así que es buen momento para dedicar una oda al periodismo local, tantas veces vilipendiado. Tengo la impresión de que este periodismo no tiene en estos tiempos demasiado arraigo en Madrid. En mi Asturias natal la ciudadanía tiene la prensa regional como algo propio y la lee con fruición, muchas veces en cafeterías, bares y sidrerías: si apareces ahí, se entera toda Asturias.

El madrileño vive algo ajeno a su prensa local, quizás porque los grandes periódicos de Madrid son locales, pero también nacionales, pero también internacionales, e incluso globales, como este. Cuando llegué a esta ciudad, hace 20 años, me sor-

prendió que en el lugar donde se corta el bacalao hubiera tan poca prensa en los bares y tan poca gente leyéndola. Yo esperaba encontrar tertulias en los cafetones, prensa muy sobada y señores discutiendo a gritos sobre la guerra de Cuba, pero nada. Y eso que todavía vivíamos en una Arcadia sin *smartphones*.

El periodismo de cercanías es importante para lograr ese arraigo con la ciudadanía, e irrenunciable en un mundo cada vez más global y que, por ello mismo, se vuelve sobre lo local por necesidad civilizatoria: el municipalismo, la ciudad de los 15 minutos, el consumo de kilómetro cero. La única forma de sobrevivir en este

mundo sobredimensionado es volver a pensar en las distancias cortas.

Dicen que los periodistas somos gente que le cuenta a la gente lo que le pasa a la gente, así los periodistas locales no solo deben informar de las políticas, broncas y corruptelas de los gobernantes de turno, sino también de lo que pasa en las aceras, en las libertinas terrazas, en los barrios, en las asociaciones o en los teatros. En una sociedad cada vez más individualista y polarizada, donde la indiferencia deja morir a gente en la calle (como sucedió en París), necesitamos saber de la vecina desahuciada, la persona sin hogar, el joven artista, la bibliotecaria atenta, la chinchin en el colchón abandonado junto a un árbol.

Dejaré mi dieta semanal de bocata de calamares, espero combatir así un colesterol que todavía no tengo: esta columna era muy joven para morir. Como dicen en la farándula: buenas noches, Madrid.



El cine San Carlos, actual teatro Kapital, lucía en 1929 los relieves de José de Almada Negreiros. / COLECCIÓN ISABEL ALVES

## ESPECIE URBANA

## Cuando Madrid dejó escapar la obra de Almada Negreiros

MIGUEL EZQUIAGA. Madrid Hay en la calle de Atocha unos músicos que tocan sin cesar desde hace 37 años. El paseante más minucioso puede hallarlos en el chaflán del Teatro Kapital de Madrid, donde la fachada con bandas verticales y horizontales se vuelve hacia la calle de Ceniceros. Allí arriba lucen estas policromías con ilustraciones de violines y violas que no son sino un remedo de los bajorrelieves originales. Fueron estos un encargo que en 1929 hizo Eduardo Lozano, autor del antiguo Cine San Carlos, al escultor y dramaturgo portugués José Almada Negreiros (1893-1970), que ya embelaba al gremio intelectual ibéri-

co. Atestiguaron su encuentro las mesitas del Café Zahara, donde las tertulias simultáneas sobre arquitectura racionalista se hacían y deshacían cada tarde.

Almada y Lozano entablaron así una amistad que cuajó en los paneles del flamante cinematógrafo de Atocha. Una docena de piezas retiradas en los años sesenta durante varias remodelaciones y que se sustituyeron dos décadas más tarde por esos frescos que permanecen aún visibles. Poco tienen estos que ver con el homenaje al aparato sonoro y al cine negro que Almada tributó. Una carrera de coches, la forzada postura de dos espías en sus seguimientos, las típicas

puertas batientes del salón de western, escenas de variedades acrobáticas o el florido espectáculo de un cabaret llegaron a colorear los exteriores del local. Similares motivos poblarían sus murales en la residencia de la Fundación del Amo (Ciudad Universitaria), el Teatro Muñoz Seca o el escenario del Barceló, aunque los bombardeos de la Guerra Civil acabaron con todos ellos. El Cine San Carlos, sin embargo, salió ileso.

En sus últimos años de vida, y ya en Lisboa, Almada tuvo noticias de que los propietarios de la sala de proyecciones habían sepultado con mármol los paneles. Así se lo hizo saber a Ernesto de Sousa (1921-1988), una suerte de alumno aventajado con quien produjo el documental biográfico *Almada. Un hombre de guerra*. Sousa se propuso inventariar el legado de su maestro y rastreó la escasa documentación que este dejó. Durante el proceso, un viejo recorte de prensa le facilitó valiosas pistas. Su compatriota exiliado en Madrid Novais Teixeira describía el Cine San Carlos en una entrevista

de 1929 y mencionaba "los paneles de la fachada y el vestíbulo". De modo que en 1970 Sousa viajó en coche hasta Madrid, compró entradas para el cine y raspó la pared de este con disimulo. Se manifestaron así unas desconocidas escenas de vanguardia que no podían ser obra más que de Almada.

Las policromías que lucen en el Kapital son un remedo de las originales

Dos placas se vieron en el Reina Sofía en una muestra sobre vanguardias lusas

Ahí estaba la figura del Gato Félix junto a un dueto de jazz vocal. Tres marineros que coqueteaban con una damisela al son del acordeón y varios saltimbanquis unidos con el autor por

sus años de bailarín y escenógrafo. El cuarto bajorrelieve de sala, que coronaba el acceso principal, permanecía arrumbado en unas bodegas a las que Sousa logró acceder burlando la seguridad. Allí abajo también se encontraban las piezas de la fachada, que lejos de taparse habían sido retiradas y hechas añicos durante el proceso.

De esta aventura da cuenta su protagonista en *Recomeçar. Almada em Madrid* (1983), unas breves memorias editadas por la Imprenta Nacional portuguesa que nunca llegaron a publicarse en castellano. "El señor Esquerro [propietario de los cines] accede a nuestras ofertas de compra, no sin antes plantearme una duda que le corroía por dentro: ¿cómo puede ser que Picasso fuese una gloria nacional y a la vez comunista?", rememoraba.

Sousa e Isabel Alves, su viuda y albacea, fotografiaron y catalogaron aquellos hallazgos, a los que además se suman otros realizados en el Rastro, donde se toparon con varias placas que inmortalizaban la obra de Almada intacta y brillando sobre el Cine San Carlos. A fin de reconstruirla, la pareja trasladó en 1973 los bajorrelieves exteriores hasta el Instituto José de Figueiredo de Lisboa, institución que aún las guarda.

Del resto se encargó el marchante portugués Manuel de Brito, que ayudó con la compra y el traslado, adueñándose de las piezas en lugar de trasladarlas a la Fundación Calouste Gulbenkian como estaba pactado. Tuvieron que pasar 45 años para que descansaran en esta institución. Sucedió en 2017, y de forma temporal, durante una retrospectiva que logró reunir dos centenares de objetos cubistas y modernistas firmados por Almada.

Otras dos placas interiores del Cine San Carlos llegaron a colgar un año más tarde del Museo Reina Sofía, gracias a una muestra dedicada a las vanguardias lusas que orbitaron en torno al escritor Fernando Pessoa. Fugaz visita al Madrid que vio nacer aquellas obras, representaciones visuales que saltaban de un género a otro y quisieron demoler las jerarquías artísticas. Nadie diría que en el lugar que ocupan esos músicos del Teatro Kapital anidó un símbolo de la modernidad.